

exotismo está en la mirada de quien lee, no en la de quien escribe. En el libro hay imágenes reales de cosas espantosas que he visto. Por ejemplo, un decapitado. Yo vi eso en Guayaquil y por supuesto que eso entra en mi escritura. Ha entrado en 'Las Voladoras' también. Eso no es un exotismo. Es una herida, una pesadilla que me persigue y me acecha. —¿Cree que existe un grupo de autoras que impugna el canon del 'boom' y 'post-boom'?

—Cada época impone modos de hablar de determinadas cosas. Y cada época hace funcionar ese discurso, hasta que lo agota. A nosotros se nos agotó esa manera de construir la realidad que tuvo el 'boom'. Dio grandes, enormes libros, pero se agotó. Por eso determinadas autoras buscan otras palabras. —¿Más que machista, es misógina América Latina?

—Es más complejo. Los problemas que atraviesa Latinoamérica son estos feminicidios vinculados al narco, al extractivismo, a las zonas mineras y petroleras. Por supuesto que es cultural, pero es una forma de vida, de ganar dinero. Necesita pedagogía, pero no es nada más eso. Está atravesado también por la racialidad.

La escritora Mónica Ojeda, esta semana, en Madrid // TANIA SIEIRA



## «Aún no han prohibido mis libros en Rusia... Acabará llegando»

► Maxim Ósipov narra en 'Kilómetro 101' cómo salió de su país cuando estalló la guerra

JAIME G. MORA  
MADRID

Para Maxim Ósipov (Moscú, 1963), un hospital contiene todos los elementos de la buena literatura: dolor, desesperación, pobreza... «Esta profesión da la oportunidad única de ver los distintos estratos de una sociedad. Te encuentras con gente común, gente inteligente, especialmente en una ciudad tan pequeña como Tarusa: policías y criminales son tratados en el mismo hospital». Cardiólogo de formación, hace dos décadas empezó a publicar cuentos, ensayos y novelas. Y hoy es más escritor que cardiólogo. Más aún desde que en 2022, cuando Rusia empezó a bombardear Ucrania, decidiera abandonar el país. No se lo tuvo que pensar demasiado, dice, casi dos años después de salir de allí. «Mi hija, su marido y mi nieto vivían en Alemania, y tenía la sensación de que no les iba a volver a ver —dice—. Para salir, tenía que hacerlo antes de que cerraran las fronteras. Mi madre murió en 2017 y podía hacerlo. Tenía un lugar adonde ir y editores que me apoyaban. He tenido suerte».

Ahora Ósipov vive en Ámsterdam, da clase de literatura rusa en una universidad y lleva una revista literaria, 'La quinta ola'. Y sigue escribiendo. Su último libro, 'Kilómetro 101' (Libros del Asteroide) acaba de ser traducido al español por Ricardo San Vicente. Es una compilación de textos en los que recoge su experiencia como médico en la ciudad de Tarusa y dedica un capítulo a cómo salió de Rusia: «un 'yo acusado' de obligada lectura» —palabra de Mercedes Monmany— contra la deriva fascista de Putin. «Sí», responde sin dudar en un hotel madrileño, donde atiende a varias entrevistas por su libro. «Todas las señales del fascismo están ahí: la superioridad de la nación rusa contra otras naciones, la idea de que no hay fronteras para el imperio ruso, la fuente semidivina del poder... Si miras las características formales del fascismo, verás que Rusia es un país fascista clásico. La ideología se está desarrollando ahora. La única diferencia entre un país fascista puro y la Rusia actual es que la nación no está movilizada, pero están trabajando en ello».

Habla el autor ruso desde la convicción de que su país está retrocediendo, y no solo por el mayor autoritarismo político, sino por la regresión a un tipo de sociedad que creía superada. «Cuando miras a sociedades como la británica o la americana, ves que ha habido avances en la relación entre el



El escritor ruso Maxim Ósipov, autor de 'Kilómetro 101' // IGNACIO GIL

**Maxim Ósipov**  
Escritor

**«En Rusia repetimos los mismos errores una y otra vez. En Tarusa sentí como si estuviera en el siglo XIX»**

poder y los ciudadanos, o en el papel de las mujeres. Pero el modo en que se discute en Rusia sobre estos temas, sobre el papel de las familias, realmente nos lleva al siglo XIX, o antes», reflexiona. Ya lo sentencia en 'Kilómetro 101': en cinco años, en Rusia cambian muchas cosas, pero en doscientos, nada. «Tendemos a pensar en el desarrollo de una sociedad como una espiral que se mueve y se desarrolla, aunque sea lentamente. En Rusia, en cambio, repetimos los mismos errores una y otra vez. Cuando llegué a Tarusa desde Moscú me sentí como si estuviera en el siglo XIX en muchos sentidos».

A la pregunta de si se considera un disidente, Ósipov responde con cautela. Lo es y, a la vez, no lo es. En Rusia, esa palabra suena «muy heroica». Los disidentes de los años 60 y 70 estuvieron en prisión y fueron torturados. «Fueron muy valientes. Allí la palabra disidencia tiene una connotación muy heroica. En inglés es distinto. Sí que me opongo al régimen actual, soy un disidente en ese sentido de la

palabra». ¿Tiene miedo de que le ocurra como a otros opositores, que han muerto envenenados? «No es una de mis principales preocupaciones, diría yo». Hay otros temores, como sufrir un cáncer, un infarto, enfermar... «Como tampoco vas a tener todo esto en la cabeza, pues eliges qué miedos tienes. Me siento bastante a salvo donde estoy». De momento, sus libros se siguen publicando en Rusia: «La censura cancela libros y me prohibieron una obra de teatro. Ha ido ocurriendo lentamente, paso a paso. Pero mis libros aún no están prohibidos... Acabará llegando».

